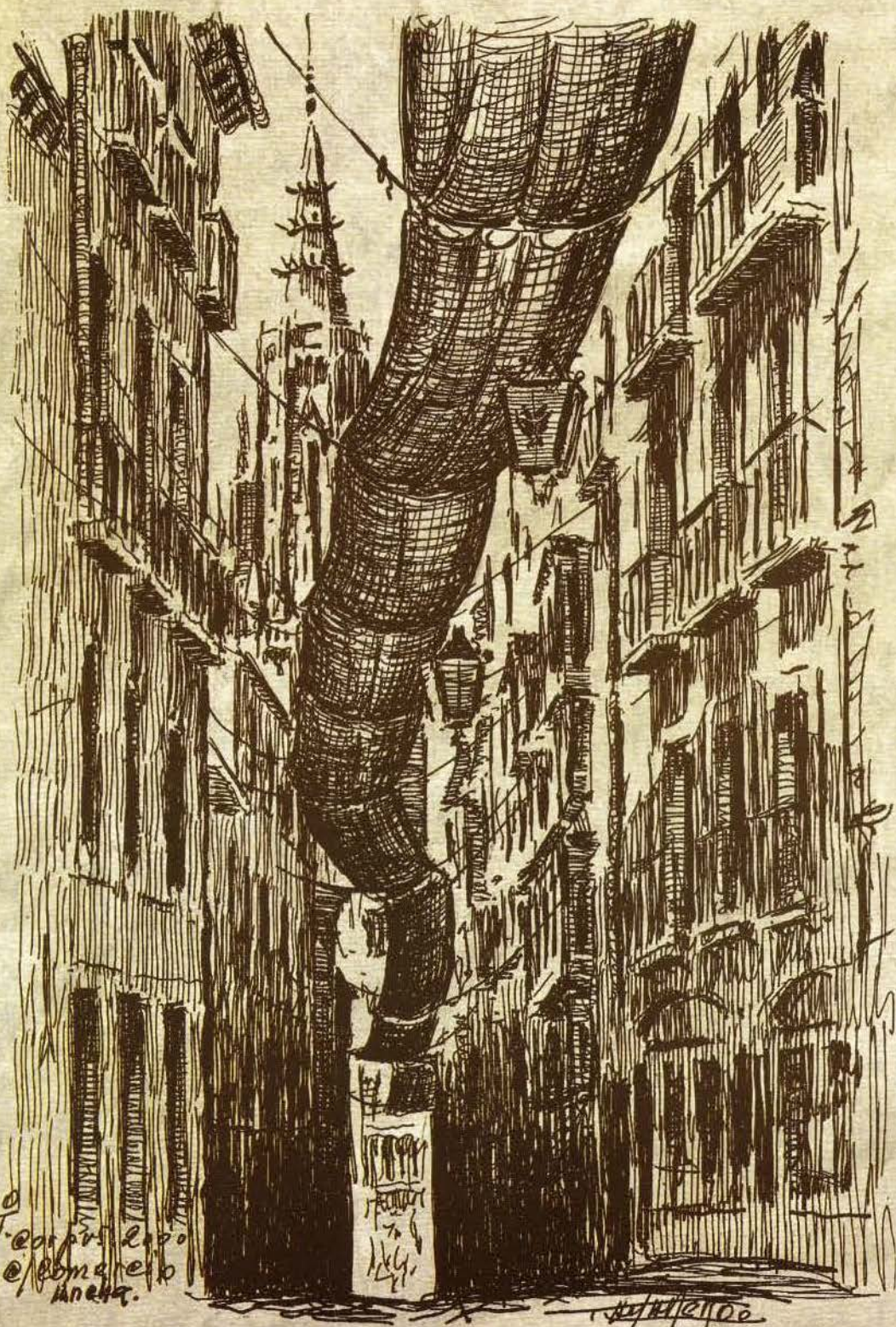


Pregón del Corpus 2000



Toledo. Domingo 25 de junio. El disparo de bombas reales anuncia que la Custodia de Arfe ha salido por la Puerta Llana de la Catedral Primada al compás de las notas del Himno Nacional y bajo una lluvia de pétalos de rosa que caen desde los balcones cercanos, el desenfundado volteo de las campanas hace revolotear a miles de palomas. Los alumnos de la Academia de Infantería rinden armas a su presencia. La gente aplaude la aparición del Cuerpo de Cristo inmerso en el ostensorio de la reina Isabel la Católica. Mientras tanto el calor aprieta y miles de visitantes buscan la agradable sombra de las calles entoldadas.

Este podría ser el párrafo de una crónica periodística del Corpus Christi del año 2000, el último Corpus del siglo. Dentro de pocos días se cerrará este capítulo y juntos abriremos al gran álbum de la historia de nuestra fiesta mayor en el siglo XXI. Un nuevo volumen quedará guardado en los anaqueles de nuestra memoria, en ese cartulario donde los toledanos conservamos nuestras vivencias de esta celebración, de esta veneración única que cada año se repite a sí misma para ser distinta y emotivamente diferente.

La coincidencia cronológica antes referida da un sentido histórico a esta celebración. En este año el Ayuntamiento de Toledo ha querido dar un espaldarazo definitivo a la articulación de una verdadera semana festiva en torno a nuestro Corpus. El programa de la Semana Grande recientemente presentado es resultado del esfuerzo de toda la ciudad. Ese sentimiento me ha comprometido, como Alcalde, a pronunciar estas palabras con las que pregonó nuestra fiesta. No ha sido cuestión de arrogancia ni vanidad, sino de responsabilidad institucional y deseo personal de agradecer. Esta es una ocasión en la que quiero expresar mi gratitud a todas cuantas personas me han enseñado a amar a Toledo y a nuestra fiesta del Cuerpo de Cristo.

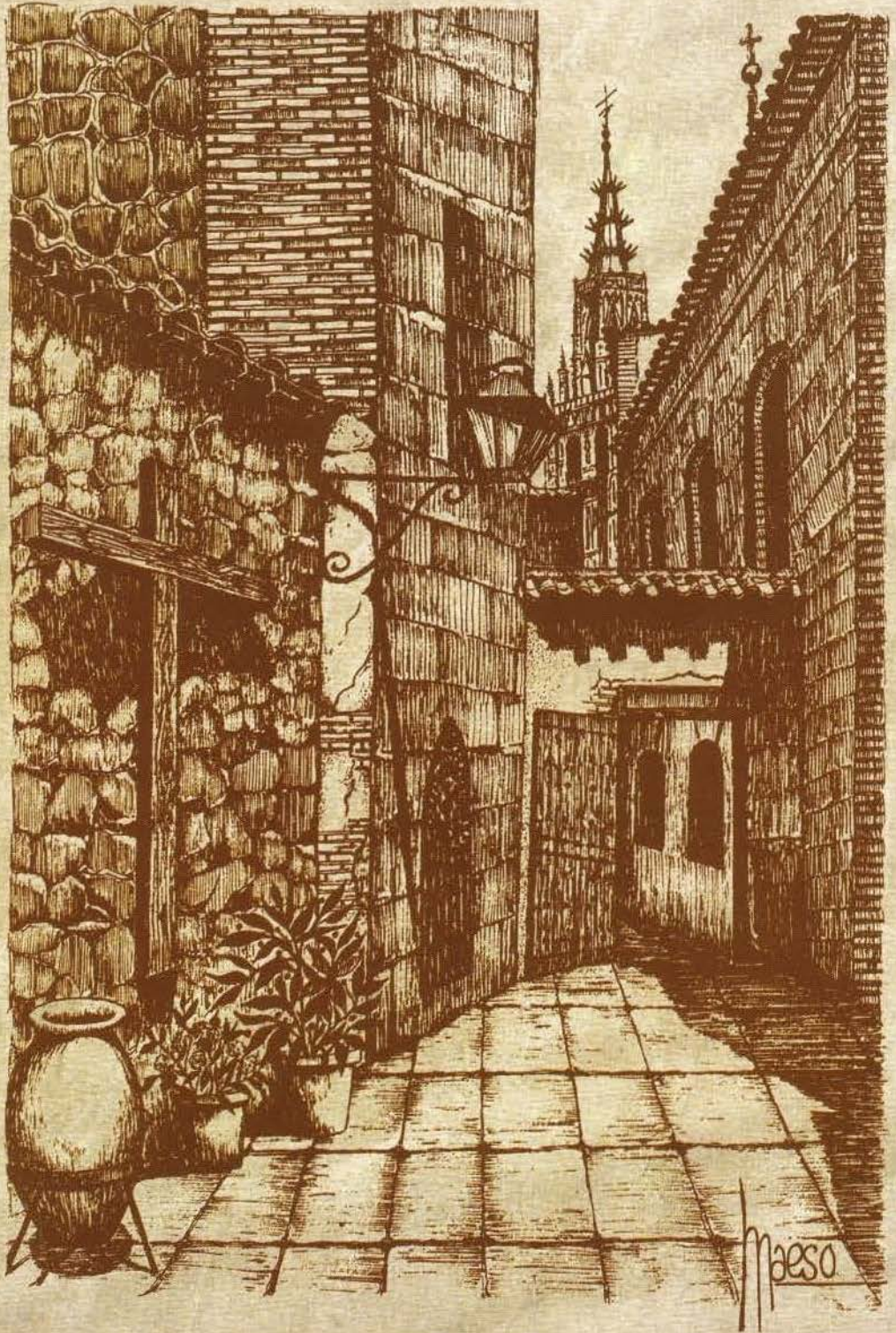
Hay un dicho popular que afirma que a Toledo se entra llorando y se sale de igual forma. En mi memoria se conservan muy fielmente aquellos primeros días en esta capital. Aquí he desarrollado mi vida familiar, profesional y política. En todos estos ámbitos he encontrado personas maravillosas que me han enseñado a comprender a Toledo, que me han guiado de la mano por los múltiples rincones de este laberinto singular hasta convertirme en uno más de vosotros. Han sido fieles lazarillos que me han llevado del brazo para mostrarme los secretos de esta mágica ciudad, "empedrada de mazapanes paleolíticos" según definición acuñada por Ramón Gómez de la Serna.

Toledo es la ciudad más bella del mundo. Es como gustan decir algunos de nuestros guías turísticos, el relicario donde se guarda mejor la gloria del pasado, el joyel más repleto de maravillas. Amo con vehemencia a esta ciudad y, desde mi responsabilidad como alcalde, gozo con nuestras fiestas, me enorgullezco con vuestros éxitos y sufro cuando el palpito ciudadano no marcha acorde con el ritmo que como gobernante me gustaría que tuviese. Toledo, "coronada del sol, de luz vestida, bañada en oro el pie que el Tajo besa", se prepara para la celebración de este inigualable festival eucarístico.

A todos, toledanos que me habéis aceptado como uno más de vosotros, que me habéis otorgado la máxima confianza para regir vuestro Ayuntamiento y que me habéis enseñado a sentir el Corpus, quiero dirigir este pregón.

Faltan doscientos días para la llegada de un nuevo siglo. Un nuevo ciclo que también tendrá marcado en su calendario la celebración del Corpus Christi. Será un bello día de primavera. Una soleada jornada para la que Toledo entoldará sus calles y alfombrará su suelo para honrar al Cuerpo de Cristo. Será en el albor de una nueva era: el siglo XXI; un tiempo mítico identificado por la implantación de las más modernas tecnologías y la globalización del mundo social, económico y cultural. Un nuevo período que en su vanguardismo reservará las mejores galas para que en Toledo se cumpla la tradición de honrar a Cristo, como en pocos sitios del mundo. Es nuestra gran fiesta cristiana de la Eucaristía; nuestra alegría más intensa; los días en que Toledo abre el arcón de su historia y sus tradiciones, y se reafirma en sí mismo.

Pregón del Corpus 2000



Pregón del Corpus 2000

Abierta el arca, cada año con manos renovadas, resuenan nuevamente los versos de nuestro admirado padre Celada:

*"El Corpus se hace Toledo
Junio se convierte en flor,
En el Corpus toledano
La fiesta se hace oración,
Que el Señor de los señores
Va a salir en procesión,
Que se coloquen los toldos
Para que no quemé el sol
Y que adornen los tapices
El Templo en su alrededor,
Que el Señor de los señores
Va a salir en procesión.*

El nuevo siglo que ha de venir será demostración de que la universidad del Corpus está por encima de las modas; será confirmación de que el Corpus ha evolucionado al compás de los años; será testimonio de que el Corpus es una fiesta moderna, que engloba en su riqueza lo mejor de todos los tiempos pasados.

¿Quién habría de decir a doña Juliana de Lieja, priora premostratense del convento de Mont-Cornillón que aquella visión suya, en la que una luna, como una hostia inmaculada, era atravesada por una línea y que oscurecía y palidecía en su fulgor habitual sería el germen de esta celebración religiosa que durante siglos salió a la calle en el jueves siguiente a la octava de Pentecostés, y ahora, trasladada esa fecha, unos días después?

¿Quién auguraría al Papa Urbano IV, quien en 1264 signaba la bula "Transiturus de hoc mundo" ordenando la celebración del Corpus Christi en todo el orbe católico, que ocho siglos después su celebración sería santo y seña de identidad de esta antigua capital castellana, que asombra al mundo con la simple evocación de su nombre?

¿Quién habría pensado que tras el Corpus de Roma, Toledo sería considerada universalmente como la segunda ciudad más destacada para alabar a Dios?

¿Quién hubiese dicho tantas cosas a los arzobispos toledanos que en el siglo XV sacaron nuestro Corpus a la calle?; y a Cisneros, a quien debemos el concurso para la elaboración de nuestra Custodia; y al orfebre Enrique de Arfe que nos legó esa joya descomunal que un día al año sale de la penumbra catedralicia para irradiar su brillo por todos los rincones de la ciudad; y a los racioneros que cada año se encargaban de conseguir a las mejores compañías teatrales para la representación de autos sacramentales en la lonja de Catedral; y a los gremios que encargaban la confección de toldos para que la Custodia pudiese cumplir su recorrido bajo palio.

¡Cuanta historia congregada en torno a un día! ¡Cuántas aportaciones y esfuerzos anónimos que a fuerza de repetidos se han convertido en tradición y costumbre para engrandecer un momento sublime que nuestro recordado don Clemente Palencia resumió soberbiamente en un irrepetible soneto!

*Alto trono de amor te ha preparado
La Ciudad Imperial para este día;
Perlas que se cuajaron a porfía
Para ocultar tu amor aprisionado*

*Calles en que la historia ha perfilado
Rincones de leyenda y poesía;
Recato monacal y celosía,
El cielo azul y un suelo perfumado.*

*El tapiz, el incienso y el romero,
La canción vegetal que se hizo aroma,
Roca en fuego, la Tierra conmovida.*

*Sobre el gozo del aire mañanero
Tu Custodia es la luz por donde asoma
El Pan de la Verdad y de la Vida.*

Pregón del Corpus 2000

Envidio la facilidad con que el poeta engarza las palabras para escribir sus versos. Admiro su destreza para conjugar verbos, pronombres y adjetivos, preñando de sentimientos cada una de sus estrofas. ¿Quién estuviese dotado de ese halo misterioso que inspira a los trovadores para definir la luz, el color, el olor y el sonido que nuestro Corpus tiene?. Nunca como en ese día rezuma Toledo arte, tradición, historia y leyenda por sus cuatro costados. En ninguna fecha del año puede decirse con mayor oportunidad las atinadas palabras del antropólogo Caro Baroja: "Toledo es un lujo que tiene España ..." Y naturalmente esa magnificencia y su misterio eucarístico ha guiado las ilustres plumas de Fray Ambrosio Montesino, de Sebastián de Orozco, de Alvar Gómez de Castro, de San Juan de la Cruz, de la Madre María de San José, de Lope de Vega, de Baltasar Eliseo de Medinilla, de Tirso de Molina, de Calderón de la Barca, de Clara de Barrionuevo y Carrión, de Juan Moraleda y Esteban, de Adolfo de Sandoval y Abellán, del ya citado Clemente Palencia, de José García Nieto, de Luis Serrano Vivar, de Angel Palomino, de Rafael Fernández Pombo y ... de tantos otros. ¡Gracias!, que con vuestra poesía también me habéis ilustrado en la grandeza de esta fiesta y váis a guiarme en este pregón. Y también gratitud a la gracia anónima de trovadores populares:

*Los gigantes, madre,
El día del Señor,
Como estaban borrachos
No fueron al sermón.*

Esta una fiesta del sentimiento, un gozo para los sentidos, que comienzan a emocionarse cuando se ve como los toldos van desplegándose por la bulliciosa calle del Comercio para ser colgados en balcones y mástiles y alcanza su máxima expresión cuando los timbaleros, piquete de la Guardia Civil y el "vara de plata" de la Catedral nos anuncian el cortejo eucarístico en esa hora exacta de Dios en la blancura en que las calles comienzan a llenarse de devoción y belleza.

De vuestra mano he aprendido a vivir el Corpus como un toledano más. He sabido de la inquietud y ansiedad con que apoyado en una esquina, encaramado en una ventana o sentado en una silla de la Plaza de Zocodover se espera la llegada de la Custodia; y de las prisas por encontrar un buen lugar a la sombra.

Me dijisteis que debía ensanchar los pulmones para conservar al máximo el irrepetible olor de las hierbas aromáticas esparcidas con las primeras luces del día y que al mezclarse con el incienso generan un aroma inconfundible que a todos los toledanos acompaña de por vida. Creedme si os digo que a mi también me escolta ese perfume a tomillo, a cantueso, a mejorana y a hierbabuena traída desde los Cigarrales. Es un aroma que embriaga y que guía a los visitantes atraídos por el misterio de los calles engalanadas.

*El Corpus es la fiesta del olor,
En edén de tomillo perfumado,
Mientras llega, ¡Señor!, tanta dulzura,
Las calles de TOLEDO se han tornado.*

Como vosotros he llegado a extasiarme ante ese mágico espectáculo de luz que se da en las calles de la Carrera Procesional, cuando el sol burla las esquinas de los toldos y alcanza las guirnaldas y cestillos de flores. Es una magnífica función que se engrandece en la Calle Martín Gamero, cuando los rayos filtrados por las lonas se desbocan en un festín para la vista, espectáculo que tanto entusiasmo al romántico Gautier que no pudo menos que afirmar que aquella luz mística parecía venir del fondo de los siglos o de regiones sobrenaturales. Pasan los años, llegará un nuevo siglo, pero en ese rincón toledano el tiempo parecerá congelado mientras cientos de curiosos esperan desde las Cuatro Calles ver brillar la Custodia alumbrada por esa luz sobrenatural. El Corpus es la fiesta del color.

*Toda la Luz mirando desde el cielo, extendida
Sobre la gris montaña proyecta sus colores
Y el tiempo es peregrino, Amor de los Amores,
De tu Pan y tu Sangre, de tu Cruz Repetida.*

En Zocodover, me habéis enseñado a emocionarme con el tintineo de las pequeñas campanillas que adornan la Custodia y que siempre sobresalen en su gozo al murmullo emocionado de los visitantes que se asombran ante la

Pregón del Corpus 2000

magnitud de la filigrana plateresca labrada en oro y plata. Y también con los cánticos litúrgicos del clero y con los acordes afinados de la Banda de la Academia de Infantería. El Corpus, también, es un gozo para el oído.

*Campanitas de Custodia
Tocad, pues lleváis a Dios;
Que se arrodillen los hombres
Al paso del Redentor.*

Mis amigos, mi familia, los toledanos, me habéis ido descubriendo cada uno de los secretos del Corpus. He aprendido a mirar con ojos distintos el colorido de los primeros frutos de nuestras huertas prendidos en el Pendón de los Hortelanos, que desfilan con sus pardas capas de paño; he aprendido a admirar la risa nerviosa de los niños que lucen su inmaculado traje de Primera Comunión portando las coloristas cintas de los estandartes de las parroquias y cofradías, inocentes primicomulgantes que son la mejor escolta para la Custodia; he aprendido a apreciar la elegancia de las negras togas de los miembros de la Cofradía Internacional de Investigadores que contrasta con la blanca goli-lla el cuello y con el arco iris que conforman los birretes de sus miembros, luciendo orgullosos los colores propios de su Facultad. ¡Que vacío más grande se sentirá este año al contemplar su paso y echar en falta a su prioste y fundadora doña Esperanza Pedraza!

He comprendido el orgullo de los Caballeros Mozárabes, que salen a la calle para recordarnos la importancia que estos cristianos viejos tienen en la historia y la cultura toledana; y el del Capítulo de Caballeros del Santo Sepulcro, que con su manto blanco marfileño marchan como dignos integrantes de ser la Guardia de Honor del Primado de España; y el de los miembros del Capítulo de Infanzones de Illescas, herederos de los nobles vinculados a la Corona, que inspiraron obras a Lope de Vega, Tirso de Molina o Moratín y que aún hoy, con sus capas rojas evocan notables hazañas al servicio de la Corona; y, como no, la historia del Capítulo de Caballeros del Corpus Christi, representantes de países hispanoamericanos en su lucha contra la injusticia, el hambre, la inmoralidad y promover la paz, nobles principios de sus constituciones.

Cuánto me han hablado y contado de los Seises del Colegio de Infantes, una de las instituciones más antiguas de la procesión en la que participan desde el siglo XVI. Esos Seises que convertidos en adultos volverán a desfilan, seguramente, en alguna de las Cofradías, Hermandades y Capítulos, o en las filas de los Catedráticos universitarios, que con su paso rinden reconocimiento a lo mucho que la Universidad debe a Toledo y a sus cardenales, que en tiempos fueron considerados como los segundos reyes de España. Oyendo el paso de la Santa Caridad, la más antigua de las Hermandades, sabemos que la Custodia se acerca, pues ellos gozan del privilegio de ir los más cercanos al Santísimo Sacramento en reconocimiento a su antigüedad y su simbolismo de Paz y Caridad.

En Toledo he aprendido a emocionarme con el gesto adusto de los caballeros alféreces cadetes que rinden bayonetas al paso del Señor, cumpliendo lo mandado por el rey Carlos III y desfilan tras la bandera de la Academia que en esa fecha se despoja de todas sus corbatas para lucir, únicamente, el corbatín de la Medalla de Oro de la Ciudad.

Desde pronto los toledanos, en su generosidad, me brindaron la oportunidad de participar en este cortejo. Han sido muchos los años en que he desfilado en el Corpus Christi. Lo he hecho como concejal, como alcalde y como miembro de alguno sus Capítulos. Caminar ese día por las calles de Toledo es sentirse muy orgulloso de nuestro pasado y nuestra historia. Son muchos los momentos especiales que se conservan en mi memoria, el fuerte impacto del sol al salir de la Puerta Llana, los primeros aplausos en la calle Cardenal Cisneros, los nombres de los licenciados y graduados por la antigua Universidad Toledana de Santa Catalina aún inscritos en los muros de la Catedral; el recuerdo de los cuadrilleros organizados por los Reyes Católicos para luchar contra los salteadores de caminos al paso por la Posada de la Hermandad; en la Plaza Mayor, las modernas edificaciones que con idénticos usos han sustituido al Mesón de la Fruta y al Corral de Comedias; la impresión de los reposteros, mantones de Manila, encajes y guirnaldas que se apretujan en las ventanas y balcones de la Calle Ancha.

Pregón del Corpus 2000

Y así caminando con el cortejo llegamos hasta la Plaza de Zocodover, donde el sol todo lo inunda y el murmullo se transforma en cerrada ovación cuando la Custodia aparece bajo el gran arco formado con gavillas de boj en la embocadura de la Calle del Comercio y se dirige, majestuosa, hacia el Arco de la Sangre, donde tiene parada obligada para que nuestro arzobispo nos dirija sus palabras pastorales y la bendición alcance hasta el último rincón de tan renombrada Plaza.

Este es un momento especialmente sensible. Ser alcalde de Toledo es el máximo honor que he tenido en mi vida. Jamás agradeceré suficientemente a los toledanos su confianza en mí. Allí en el centro de la ciudad, rodeado por los compañeros de Corporación, escoltado por los maceros municipales, se siente verdaderamente la responsabilidad que este cargo conlleva y me siento orgulloso de estar representando al Ayuntamiento, una institución que encarna, por derecho propio, la historia de la ciudad.

Allí es también donde mejor se admira la magnificencia de nuestra Custodia y se comprende porqué esta portentosa obra, cumbre de la orfebrería religiosa, ha sido considerada como la alhaja más rica de la cristiandad, trono magnífico para el Santísimo Sacramento, sueño de ángeles cuajado de filigranas de oro y encajes de piedras preciosas.

*Custodia señorial y toledana
Que a los rayos del sol de la mañana
Semejas el ensueño de otro Sol;
Custodia que eres única en belleza
Para guardar la excelsa realeza
Bajo el cielo radiante y español.*

Cuando se recobra la marcha y nos adentramos por las calles Sillería y Alfileritos, se respira el ambiente de los antiguos gremios toledanos. Y el recorrido continúa hacia la Plaza de San Vicente, la del Padre Juan de Mariana, la calle de Rojas y enfila hacia la Trinidad subiendo su última cuesta. En ese momento el calor del mediodía ya aprieta y las hierbas aromáticas, molidas con el tra-jín del paso de viandantes apresurados, expelen sus máximas esencias. Al entrar en Arco de Palacio, los tapices de la colección Portocarrero, son testigos del duelo de pináculos que se producen entre la Custodia y la torre de la Catedral. Ambas pugnan por dar mayor mejor recogimiento a Dios y ambas saben que una en oro y plata y otra en piedra y granito son dignos relicarios para el Cuerpo de Cristo. Las dos han sido levantadas con la fuerza de la fe religiosa que fue guiando las manos de sus cante-ros, alarifes, orfebres y plateros. Poco después la Custodia entra por la Puerta Llana y el frescor de las naves catedralicias actúan como bálsamo reconfortante, mientras las notas del tomasiano "Pange Lingua" se elevan hasta las altas bóvedas catedralicias que ya muestran orgullosas su renovado resplandor.

Es un recorrido donde es inevitable cruzar miradas inquietas y felices con amigos, conoci-dos, o con gente venida de otras tierras que te expresa su saludo con un gesto de simpatía.

En Toledo he comprendido mucho mejor que ésta es la gran Fiesta del Amor y de la Caridad. El Corpus se enriquece con la solidaridad, la bondad y la generosidad de toda la comunidad católica. En esta exaltación de la Eucaristía, fuente y cima de la vida cristiana, se consume el más bello amor, que se engrandece al ser compartido. "La Eucaristía es la gran escuela del amor fraterno", nos ha dicho Juan Pablo II. Es un llamamiento al ejercicio de la caridad más allá de los propios hermanos en la fe. Es la reafirmación de que cada hombre es nuestro hermano, sobre todo si es pobre, débil, sufre o es tratado injustamente. Es la caridad que nos descubre el rostro de Cristo. Esa faz inmortalmente pintada por nuestro Greco que siempre nos recuerda aquellas palabras de "Tomad y comed de esto es mi cuerpo y esta es mi sangre que se a derramar por todos los pecados". Y, al amparo de aquella cena en la primavera Jerusalem del mes de Nisan, Jesús se convirtió en el primer pregonero del Corpus más universal de la Tierra.

En Toledo, la ciudad que nunca muere, ese gloria se ha hecho inmensa y su comunión se vive

Pregón del Corpus 2000

de forma especial al abrigo de las calles entoldadas y acompañada por el murmullo de los cánticos que entonan las congregaciones religiosas y clero acompañando al Cuerpo de Cristo y a la figura de nuestro pastor diocesano, el arzobispo don Francisco.

*Este es el Rey de Reyes,
Que en pan vivo nos es dado,
Que prenda de eterno amor,
Y de su favor privado;
En señal que en paraíso
Nos ha de ser revelado
En su propia majestad
De cuerpo glorificado;
Y en memoria que en la cruz
Fue por nos sacrificado,
Y en minero de clemencia
En la fe todo fundado,
Al cual gustan las almas santas,
Derretido y no alterado.*

En torno a esta fiesta eminentemente religiosa, la ciudad de Toledo ha articulado sus festejos principales. En este fin de siglo hemos hecho un gran esfuerzo y ofrecemos a todos un programa variado e intenso. Recuperamos la tradición de la representación de autos sacramentales de la mano de Josef de Valdivieso, el príncipe de los poetas eucarísticos toledanos, y ofrecemos a los aficionados el atractivo de una feria taurina con las primeras figuras. Son las principales novedades de unos festejos que desde hace días ya han levantado su telón para todos los vecinos de Toledo. Yo os invito a disfrutar con nuestra fiesta y agradezco los apoyos que el Ayuntamiento he recibido de todas las instituciones y entidades a las que hemos pedido colaboración, especialmente a los representantes de los sindicatos y empresarios, que no han regateado esfuerzos para que todos los toledanos puedan disfrutar plenamente con esta Semana Grande del Corpus Christi.

Ha sido todo un ejemplo de ciudadanía y de apoyo común a la institución municipal, una actitud que a todos honra y que me anima a continuar trabajando por hacer más grandes estas fiestas y que en el próximo siglo alcancen una dimensión social, cultural, acorde con su consideración de Fiestas de Interés Turístico Internacional.

He dedicado este pregón a todos cuantos me habéis enseñado a amar y comprender el Corpus de Toledo. No podría terminar estas palabras sin rendir un emocionado recuerdo a la figura de doña Esperanza Pedraza, amiga y fiel colaboradora desde su puesto de archivera municipal y amante singular de Toledo y su Corpus Christi. Ella ha contribuido a la celebración con la creación de la Cofradía Internacional de Investigadores, universal congregación de la ciencia y del saber abierta a todo investigador que se declare creyente de cualquier religión. Tampoco debo olvidar a la figura de don Blas Sánchez-Castro, leal y ejemplar funcionario que desde la Secretaría Particular del Ayuntamiento de Toledo ha colaborado, durante más de cuarenta años, con quienes hemos sido alcaldes en la preparación de las fiestas del Corpus.

Pregón del Corpus 2000

En honor a ellos recuerdo unos coloristas versos de Luis Fernández Ardavín, recogidos de su obra "La dama del Armiño, que doña Esperanza me enseñó:

*Para ver la catedral
sólo a esta fiesta me quedo
que tiene en Corpus, Toledo,
un fausto pontifical.*

*Las calles han entoldado
Con palios de terciopelo,
Y está de flores el suelo,
Más que cubierto, alfombrado.*

*En las floridas ventanas
Las colgaduras ondean,
Y, en los mástiles flamean
Las banderas castellanas.*

*No hay casona sin guirnalda
Ni hay palacio sin pendón
Y es la pluma en el airón,
Mitad roja y mitad gualda.*

*En todo Zocodover
No se podría posar.
Paloma, que a descansar,
Viniese al suelo a caer.*

*La multitud tan espera,
El sol, tan vivo y ardiente;
El rumor de tanta gente
Y el atambor, que no cesa;*

*El arnés del caballero,
Que brilla como el cristal;
La mula del escudero
Y el asno del menestral;*

*El mercado, los pregones,
Los vendedores de hebreus,
Las damas, que en hacaneas
Pasan con sus rodrigones;
La doncella al Miradero,
La dueña en el ajimez,
Y la precoz embriaguez
Del soldado forastero;*

*El ruido de las campanas
Que no paran de tocar;
Las picas, las partesanas
Que relucen al pasar*

*Y tan confuso clamor,
Y tanto brillo de traje,
Tanto cortejo de pajes
Y tanta luz y color*

Pregón del Corpus 2000

*Sólo en Italia y aquí
Pude verlos y, en verdad,
bien merece esta ciudad
Ser vista en un día así.*

*Yo que las he visto, puedo
Decir, honrando a las dos,
Que para alabar a Dios
Después de Roma, Toledo.*

Esperanza, Blas, espero que desde lo alto del cielo nos acompañéis un año más en este Corpus del año 2000. Gracias por vuestro ejemplo, por vuestra amistad y por haberme ayudado a querer a esta ciudad.

¡Toledanos!, os deseo unas felices fiestas de la Semana Grande del Corpus Christi; porque nunca una ciudad ha sido tan grande como Toledo y nunca una ciudad supo honrar como ésta al Santísimo Sacramento.

Muchas gracias por su atención.

José Manuel Molina García
Alcalde de Toledo

Toledo, 14 de Junio de 2000.

